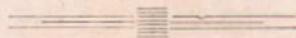


UNIDAD

Organo de la Oficina Interamericana de Educación

Número dedicado a la memoria
del eminente científico, Doctor
CLODOMIRO PICADO TWIGHT



SAN JOSE, COSTA RICA
1945

UNIDAD

Órgano de la Oficina Interamericana de Educación

AÑO I

SAN JOSE, COSTA RICA, MAYO 1945

NUMERO 3

Unidad signo de los tiempos

Al presentar el tercer número de "Unidad" nos es grato informar al público hispano-americano de la buena acogida que en Costa Rica tuvo la biografía del Dr. "Moreno Cañas", a quien dedicamos el número anterior.

El Director de la Escuela Popular, don José María Orozco Casorla, considera que el número de "Unidad" dedicado al insigne cirujano debía haberse decretado Texto de Lectura Escolar, a fin de que todos los estudiantes costarricenses pudieran conocer y amar al hombre "que hizo de la política una profesión honesta". El destacado periodista don Joaquín Vargas Coto, hizo un caluroso elogio del trabajo mencionado; el Embajador de México en Costa Rica, quien admiró siempre a Moreno Cañas por su pujanza y su multiforme inteligencia, así como por su actitud hacia la vida, considera que el estudio hecho por la Oficina Interamericana de Educación, constituye una contribución a la cultura y a la historia del país; y el filósofo costarricense, don Moisés Vincenzi, actualmente Director de Bibliotecas en el país, ha hecho la más bella crítica del opúsculo dedicado al Doctor.

El tercer número de la Revista es la primera obra de carácter biográfico que escribe el artista, Oscar Bakit, de quien don Lorenzo Vives ha hecho comentarios muy dignos de tomarse en cuenta.

El propósito de la Oficina Interamericana de Educación es mantener encendida la llama del panamericanismo y para eso, fiel a su propósito, invoca el recuerdo de los grandes hombres, presenta a los jóvenes su ejemplo y les da oportunidades de abrirse paso.

Esperamos que este tercer número deje en el Continente entero, entre los lectores de "Unidad", una noción clara del esfuerzo que en favor de la humanidad, del liberalismo, de la higiene pública y de la ciencia hizo Clorito Picado Twilight.

Corina Rodríguez López

Secretaria General
de la Oficina Interamericana de Educación

San José de Costa Rica, 1945.

*La Oficina Interamericana
de Educación*

al Doctor Don

Clodomiro Picado Twight

Introducción

Raro es encontrar a la ciencia empuñando la pobre bandera del pueblo y gestando horizontes de realización coloreados de humanidad.

Raro es también ver al hombre laureado bajar de las alturas en que lo colocan los honores, para confundirse en una causa de justicia y bienestar social.

Y es por eso que escribimos la trayectoria humilde y gloriosa de Clorito. Por haber sido un científico que no quiso olvidar, como suele ocurrir con los individuos que hallan en el microscopio su razón de existir, la senda bordeada de seres humanos que solicitan la ayuda y el amparo de quienes tienen en su cerebro las estrellas de la cultura. Por haber concebido en su vida, una ciencia hermana del angustiado, del pobre, del que sólo encuentra en la vida la enfermedad como acicate y el hambre como destino.

Y eso fué lo que realizó en su labor constante de investigador y de humano: ayudar al hombre, darle un camino sin la sombra roja del dolor, y acumular en los que necesitaban de él las capacidades suficientes para trabajar.

A ese Doctor, Clodomiro Picado Twight, que ahora nos cubre con su esplendor, pues la luz alumbra otros rincones, dedicamos esta publicación.

La hemos realizado inspirándonos en su labor social, aspecto de su vida que había sido olvidado, pues como científico, en los laboratorios del mundo, en cada ensayo y en cada triunfo, estará nuestro compatriota inspirando tenacidad y derramando esplendores de ciencia.

Clorito no fué, como algunos creen, el individuo que se pierde en un laboratorio detrás de la sombra ingrata de un microscopio. Nunca dejó de tener una personalidad completa, en cuya complejidad determinada se salvó lo "humano", lo espiritual que tenía en sí.

Sus actos, en todos los planos en que se le colocara, siempre estuvieron enmarcados por un concepto liberal y franco de la vida. Concepto de consolidación de ideas escuchando la infinita voz de la conciencia. Juicio definido ante los problemas, sin consideración de los niveles falsos que los hombres crean para su provecho.

Así era la realización de su definida personalidad. Por la independencia que le daba su convicción de que tenía un camino en la vida, nunca doblegó su opinión ante nada ni ante nadie.

Lo vimos actuar siempre así: franco. Con franqueza tal, que a veces lastimaba. Quien llegó a él solicitando la definición de su pensamiento, la encontró siempre inspirada por su propio e independiente espíritu, convencido de que en la vida no hay más que un camino recto.

La exactitud de su ciencia, lo hacía exacto en su vida. No aceptó nunca la imposición de un criterio que no coincidiera con su libre concepto del mundo.

Pero no se prodigaba en palabras al definir su posición.

El Clorito que conocemos es un individuo que da a sus ideas la trascendencia suficiente para no repetir las. De naturaleza silenciosa, sólo hablaba cuando alguien así se lo pedía, o cuando su interior anímico le ordenaba alzar la voz de ciudadano o de amigo como un deber.

Ese era el hombre.

Trazó, cuando tuvo noción del mundo un camino a seguir definido, y lo realizó.

Su personalidad, que tuvo tantas faces, se mantuvo siempre firme. Clorito no varió nunca. Si lo vimos actuar en su laboratorio, si lo escuchamos cuando su voz se levantó en los periódicos, y cuando modeló a sus discípulos con el rigor y el cariño de un padre, fué siempre encaminándose por el trazo que de infante hiciera. Línea recta que permanecerá como modelo, pues así la dejó él.

Reflejo puro de su carácter, son unas palabras publicadas en uno de nuestros diarios: "En cuanto a mí se refiere, hago todos mis esfuerzos no solamente por dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, sino también en buscar cuando es el momento más apropiado."

¡Ese era el camino! ¡Qué importancia enorme tiene en ciertos individuos el cumplimiento de un programa, de una promesa!

Clorito prometió. Ya en su juventud, los profesores lo recomendaron para que fuera favorecido con una beca en la Sorbona. Al aceptarla, el que después vino a ser un sabio, le dijo al mundo: yo prometo cumplir el camino que he dibujado con mis dedos infantiles.

Y Clorito lo cumplió; porque así lo exigía su sentido de la vida. Porque él no era el tipo de individuo en los cuales la vida se realiza por asaltos de los acontecimientos, sino que era el prototipo de quien tiene la vida definida y en quien el agitarse continuo ya poseé desde tiempo atrás un plan de trabajo.

Y así llegó Clorito a un concepto de la vida que pareciera de un ermitaño filósofo.

En uno de sus artículos publicó ciertas palabras nacidas en su conciencia, y dijo, atacando la actuación en ciertos aspectos ambigua de los Estados Unidos en la guerra: "¿Puede Washington combatir en Europa a los super-criminales que han declarado la guerra sin cuartel a la libertad, a las ciencias, a la grandeza humana, si mantiene o contribuye a mantener en el Caribe gobiernos de tiranuelos como Trujillo, Ubico, Carias y Somoza?". Inmediatamente contestaron varias personas por el periódico, y él les dijo: "En estos momentos, (un año antes de morir), para mí todo es uno y lo mismo. No tengo interés en saber que existan personas que están en desacuerdo conmigo, o que por el contrario me aplaudan fervorosamente". Y agrega: "De lo que yo diga, lo que es error caerá por sí mismo; lo que es verdad tendrá una elocuencia superior a todo argumento que se elabore para empañarlo."

Y era cierto.

Después algunos jóvenes obtuvieron, contestando su artículo, unas becas en Norteamérica.

Su ruta no permitía términos medios. Así como él lo dijo, su mundo era uno y único. No existía la variación que algunos acomodaticamente aceptan, y se enmarcó. En todas sus actuaciones, en todos sus artículos y en su vida íntima, consideró la realidad como un sólo bloque que él no quiso variar sino en aquellos puntos en que el humano había puesto sus errores.

Así, cuando de política internacional o interna era consultado, él venía siempre a caer en su concepción original: la realidad es ésta, pero los hombres la han variado en ésto y aquéllo. Y entonces Clorito hablaba.

Y lo vimos alzar muchas veces su voz para corregir algún error, o para decirle a los costarricenses que volvieran a la realidad y no construyeran castillos en el aire.

De vez en cuando aparecía una terrible ironía en su manera de ser.

Cuando en cierta jornada cívica se le preguntó su posición, con el objeto de llevar agua al molino de alguien, habló sobre el tema, porque nunca rehuyó ninguno, pero lo hizo de tal manera, que defraudó las intenciones politiqueras de los jóvenes que llegaron a su laboratorio. No sería raro que una sonrisa pequeña y discreta del Doctor acompañara la salida de los periodistas.

Su sentido de justicia lo hizo actuar con frecuencia dando golpes. Reaccionaba sin el sentido de suma y resta de algunos aritméticos del alma.

Una de sus anécdotas resalta ese fervor de justicia que albergaba el alma de Clorito.

Realizando una fiesta las enfermeras del Hospital San Juan de Dios, la invitación que fué enviada para Clorito no llegó a sus manos. Al día siguiente de la celebración, llegó adonde una de las organizadoras y le dijo que estaba resentido por no haber sido invitado, pero que sin embargo "él bien sabía que el cuerpo de enfermeras del Hospital era un modelo de abnegación, y que él seguiría siempre dándoles su apoyo."

Sentido recto de científico que vierte sus conocimientos en un crisol de vida, y saca de él una realidad palpitante para todos los humanos.

Cuando la justicia no se realizaba, nunca quiso ocultar su disgusto.

Por vivir en un mundo desquiciado, en un mundo cuyas reglas más elementales han sido quebradas y cuyas normas básicas han venido a menos, Clorito realizó su labor con sabores amargos en el paladar y con horizontes oscuros a su alrededor.

Amó toda su vida a Francia, la Patria Inmortal del Talento. Le correspondió morir cuando ella estaba en la derrota, desgracia esta que le hizo exclamar: "Buena parte de mí mismo lo arrastró ese hundimiento."

Fué un defensor continuo, especialmente en estos últimos años, de la Unión Centroamericana. Y fué todavía más allá. Comprendiendo que el mundo de la post-guerra sería un mundo de águilas en plan de cacería, él promovió en nuestros diarios la tesis de nuestra anexión, junto a Centroamérica, al territorio y gobierno mexicanos.

¡Otro sueño de realización utópica!

El lo comprendió así. Pero franco consigo mismo, lanzó su idea, y después, la reforzó sin que nadie se hubiera atrevido a contestarle el primer artículo.

Y en los últimos años de su vida, realizó una campaña verdadera contra las políticas internacionales que él consideraba hipócritas.

Fué atacado por la prensa; pero él no quiso polemizar.

Ya se daba cuenta de que había arado en el mar, cuando intentó subir la moral de su pueblo y la altura de las relaciones internacionales, y que aquéllo ... era otro sueño.

¡Mal humor! No. No era mal humor. Era el disgusto que padecen los redentores que lanzan sus palabras en el éter. Era el disgusto del que ve un mal y no lo puede remediar.

Para él una triste novedad.

Porque con su ciencia realizó la curación de muchos males. Pero su palabra fué olvidada. Su palabra no tuvo una fórmula que la hiciera verdad.

Y eso lo entristeció.

Y de la tristeza al amargor de una vida no había más que un paso. Y ese paso se lo hizo dar la enfermedad propia.

Y después sólo la ciencia lo hizo olvidar el mundo que lo rodeaba y lo destruía.

II

Cuando nos viene a la memoria el recuerdo de los grandes descubrimientos que en la ciencia se han realizado, y cuando se nos citan los avances que se han hecho en Europa con el objeto de ayudar a las clases trabajadoras, siempre se nos ocurre pensar que, alrededor de esos pocos destellos humanos de la ciencia, hay una gran cantidad de científicos que conciben el estudio y la dedicación solamente como una manera de pasar la vida.

Lo sabemos.

Hemos conocido a muchos sabios en embrión, cuyo concepto del mundo no rebasa el bienestar que a ellos les pueda dar el laboratorio. Y si por casualidad realizan algún descubrimiento, llegan a él por simple inercia de los acontecimientos.

A ese tipo de sabios, que han perdido el horizonte humano que debe rodear siempre nuestros actos, dedicamos este capítulo de la vida de Clorito.

Para que saquen de ella el espíritu que promovió en la vida del ilustre costarricense su avance ininterrumpido en la verdad.

¡Aquel segundo horizonte! Eso es lo que salva a la ciencia. No solamente hacerla y realizarla dentro de su fórmula, sino ponerla a la orden inmediata de quienes la necesitan: los abandonados de la riqueza, los que sufren la desgracia y sólo viven para soportar la enfermedad.

A ellos se dedicó Clorito con todo su empeño.

Si laboró en toda la ruta de su vida, fué para seguir entusiasmado el segundo plano de la ciencia.

No hizo trabajo de laboratorio.

El microscopio en sus manos fué puño cerrado contra la terrible enfermedad que hace del pueblo un rebaño deficiente y esclavo de todos los que quieren valerse de él.

Clorito era un socialista, y así como dijo de él Manuel Picado Chacón: "... Su temperamento siempre fué revolucionario, porque revolución a su entender fué el mejoramiento para los demás, y perfección de la obra social buscada dentro de su obra netamente científica". Nosotros comprendemos que ese sabio se realizó dentro de la sociedad con perfecto concepto de la unión que debe haber entre el intelectual y el obrero.

No quiso valerse de la posición privilegiada que le daba su vigor mental, sino que vino al mundo con la misión legendaria de Don Quijote de la Mancha dentro de su especialidad humana.

Su primer trabajo en Costa Rica de tipo social-científico, fué la tesis de Doctorado en La Sorbona. Llegó a nuestra patria antes de terminar su carrera, y empezó a trabajar en la investigación de los orígenes que tenía el peor enemigo de las clases trabajadoras en las regiones bajas: el paludismo.

Esa tesis, que fué llamada por él en Francia, cuando retornó a presentarla en su Universidad, "La Fauna de la Bromeliáceas Epífitas", era un estudio profundo de las plantas que nuestro campesino llama corrientemente "piñas", y con la cual adornan los portales.

En ellas el Anófeles se criaba, y eran un foco constante de la enfermedad.

Ahí estaba la labor que Clorito había comenzado dentro de la ciencia. Ahí, en ese trabajo, se definió el científico que pone sus conocimientos y su talento al servicio de la humanidad en forma inmediata y práctica. El científico que siente su carrera no como medio de vivir, sino como un puente para el bienestar de los desvalidos y de los enfermos.

De Manuel Picado Chacón transcribimos un estudio que sobre su labor científica se publicó en "El Trabajo", del día 19 de mayo de 1944.

"... De los doscientos diez trabajos que forman la obra total de su vida, destacaremos aquí aquellos de los cuales se puede derivar una obra de bien social que él siempre buscó y que fué, dado su temperamento de gran trabajador intelectual, amigo de los trabajadores manuales eminentemente práctica. Razón esta por la cual podemos afirmar que su temperamento siempre fué revolucionario, porque revolución, a su entender, fué mejoramiento para los demás y perfección de la obra social buscada dentro de su obra netamente científica.

Pensando en las regiones áridas y casi estériles del suelo guanacasteco, y en que allá también es abundante el mineral de manganeso, utilizó éste como abono catalítico haciendo así que en la misma región se encontrara el material para mejorar las tierras, ya que el manganeso hace que ciertas

reservas se pongan en juego y entonces los cultivos así prosperan porque la tierra se vuelve más fecunda. Luego su estudio sobre el principio activo de las frutas de un arbusto que crece en nuestras costas, llamado cedrón, hizo que se pudiera utilizar para el tratamiento y curación del paludismo con un precio mínimo si se compara con el de la Quinina y Atebrina, que siempre tuvimos que importar. No es necesario hacer notar el bien social de tal descubrimiento, ya que sabemos que es la malaria o paludismo el azote del trabajador de nuestras costas y si a ello agregamos que la cedrina, (principio activo del cedrón), es también utilizable en el tratamiento de la viruela maligna (trabajo también realizado por él), y en el tratamiento de ciertas mordeduras de serpiente, se confirma nuestra acerto de que siempre tuvo en mira el beneficio de los que no tienen nada, sino el poder vivir de su trabajo.

Luego el estudio de las serpientes venenosas de Costa Rica, y el estudio de sus venenos que permitieron no sólo que se fabricaran sueros con venenos de nuestras serpientes, sino que esos sueros a la vez que más efectivos (por tratarse de las serpientes nuestras los venenos enviados eran más baratos) se ponían al alcance de las posibilidades económicas de nuestro pequeño propietario. Luchó porque el Congreso pasara la Ley de Ofidismo, (actualmente en nuestro Código), que obliga al finquero nuestro que tiene más de diez braceros en el trabajo de su finca, a tener sueros que tendrá que usar en forma gratuita para ellos en caso de mordedura de culebra, so pena de tener que pagar, caso de que la víctima fallezca, los jornales de un año de trabajo por incumplimiento de la Ley. También abrió y realizó una campaña para regalar sueros entre las gentes humildes que le trajeron serpientes para ayudarlo en su trabajo. La Ley de Ofidismo ha sido recomendada y utilizada copiándola íntegra en siete países de América. Para el tratamiento de la tuberculosis preparó con esputos de los mismos tuberculosos del Salón Calnek de nuestro Hospital, unas peptonas inyectables (haciendo digestión artificial de los esputos por medio de un digestivo de la piña), que mejoraron y curaron al noventa por ciento de los enfermos en tratamiento en un período de cuatro meses, devolviéndolos a sus hogares libre de la tisis con radiografías y examen de esputo negativos repetidos.

Seleccinando unas levaduras que dieron un fermento rico en alcohol y que él cultivó en caldo de caña y de naranja, hizo unas vacunas inyectables para el tratamiento de la tifoidea y paratifoideas que se ensayaron con todo éxito en la peste de San Blas de Cartago y en numerosos casos en nuestro Hospital San Juan de Dios, rindiendo curación si se observa la dieta en más o menos doce días de enfermedad. La acción de estas vacunas se utilizó luego en otras enfermedades, por ejemplo, pneumonía y forunculosis (diviesos), curaciones que se efectuaron no sólo en gentes que llegaban a nuestro hospital, sino que en dos ocasiones en médicos amigos atacados de la enfermedad y una vez en la señora madre del mismo doctor Picado, que contaba entonces con setenta años de edad. En todos los casos se obtuvo éxito.

Este trabajo fué el principio real del que ahora se cita con frecuencia sobre la Penicilina (las levaduras son también hongos), que ocupa la atención de todos los centros científicos del mundo. Es decir, Clorito descubrió la penicilina, la ensayó, y su comunicación a los centros científicos del mundo data de mil novecientos veintitrés, no siendo sino hasta el treinta y tres que Flemming, el inglés, que se cita como descubridor de ella, comenzó sus trabajos.

Su inmensa obra, "Vacunación contra la Senectud Precoz", que tiene diecisiete años seguidos de trabajo diario, representa uno de los primeros en

el mundo entre los realizados con hormonas y permite no sólo anotar las deficiencias glandulares, que acarrear serias enfermedades (cretinismo, idiotéz, güecho, parálisis, obesidad, etc.), sino hacer un tratamiento científico efectivo para corregir esas taras, devolviendo así la salud a aquellos individuos que por su defecto o enfermedad eran seres, que dada la poca claridad humana, son material para producir risa a los demás. Muchas veces recogió muchos idiotas para llevarlos al laboratorio donde realizaba sus exámenes y hacía tratamientos para mejorar su condición y en algunos casos con la oposición de los familiares de ellos que ya se habían acostumbrado a tener al cretino en la casa, y no querían que ese ser humano progresara intelectualmente en ninguna forma.

También ofreció al Gobierno de nuestro país un proyecto y plan científico experimentado para mejorar nuestro café, dándole más aroma y limpidez al grano, condición necesaria para lograr mejores precios en los mercados extranjeros. Pero a pesar de estar perfectamente confirmadas sus experiencias en beneficio de algunas gentes que quisieron hacer el experimento, el Gobierno rechazó la oferta y el descubrimiento es ahora patente del Gobierno salvadoreño que se lo explota logrando sus beneficios.

También en otra ocasión propuso el aprovechamiento de algunos materiales de desechos que actualmente la Fábrica Nacional de Licores arroja a la Acequia de las Arias, para extraer de esos fermentos que se botan, fermentándolos en forma científica, una inmensa cantidad de alcohol que podía ser utilizado en una forma casi gratuita por los grandes y pequeños industriales.

Esta también fué desestimada. De sus últimos trabajos pueden citarse El Estudio del Origen y Enfermedad que producen el Güecho, y que él anotó como la escasez de yodo orgánico tanto en las aguas de consumo como en la alimentación de nuestros pobres. Se empeñó en que se pasara la Ley que obliga a que la Sal que se expende al público tenga el yodo agregado en forma artificial (yoduro de sodio), que la enfermedad por deficiencia no se produzca y en casos en que haya comenzado no avande. Ese es el trabajo llamado "Fisiopatología de la Tiroides."

El último de los trabajos que citaremos, está aún inédito, es una reacción para el diagnóstico de la sífilis que él tiene probada sobre catorce mil enfermos y que permite hacer veinte reacciones en veinte minutos, con un costo de veinte céntimos de colón. Para esta reacción todo el material necesario que él utilizó es de muy poco costo y se encuentra en el país.

Y así como Manuel Picado lo describe dentro de la ciencia, así era Clorito en todos sus aspectos,

Por eso nuestro empeño en exaltar esa fase de su vida.

Por eso hemos levantado ante los ojos de los costarricenses la verdadera labor de nuestro sabio.

Su dedicación al pueblo.

Su olvido total del egoísmo. El concepto de realización social que nunca olvidó en su carrera.

Eso es lo que exaltamos, pues su labor pura de científico, ya lo hemos dicho, ha sido colocada desde hace años en un trono de realizaciones y triunfos.

III

La personalidad humana, ese conjunto de aptitudes y tendencias que nos definen, es como un foco luminoso que lanza sus rayos en todas direcciones.

El concepto "direccional" de la personalidad, es decir, la especialización, no viene a ser más que la poda de capacidades de la multiforme aptitud del hombre.

Las actuales generaciones, están acosadas por una terrible enfermedad nacida de la angustia económica y del trajinar constante de hombres sin alma: la especialización. Y esta deficiencia de nuestro avance civilizador, es producida por el concepto errado de que el hombre debe llenar cierto campo en la sociedad, y no debe salir de él. Por supuesto, esa tendencia hace del hombre un sencillo factor de producción.

Y el alma se pierde. Se pierde por la idea interna de dividirse el trabajo al punto de no saber efectuar otra cosa que lo encomendado en su oficina o en su taller.

Ese es el peligro que corren las juventudes. Desaparecer como entidades de carácter universal, para transformarse en unos simples mecanismos industriales. Para convertirse en una tuerca del engranaje inhumano que significa el nuevo tipo de sociedad civilizada que se busca en algunos países industrializados.

El hombre que sólo sabe realizarse dentro de una única labor en su vida, aquel personaje que realiza su trabajo y nada más, porque no sabe hacer otra cosa, es media persona. Es un pedazo impersonal de ser humano. No piensa más allá del límite que le permite su especialización. No es una entidad capaz de realizarse en todos los aspectos que entraña la palabra "personalidad", que es innata al hombre. Y entonces viene el malestar que da el auto-reproche de incapacidad.

Nuestro sabio Clorito bien sabía esto. Comprendió que la labor que había venido a realizar dentro del conglomerado social no se constreñía únicamente a efectuar los trabajos que el laboratorio le exigía, sino que "relacionó" sus conocimientos y la ética que esos conocimientos le habían formado, para que la ciencia no significara solamente una actividad especializada, sino que fuera parte relacionada con todas las actividades del hombre.

Clorito intervino en muchas labores separadas del espíritu exclusivista de la ciencia. Opinó en política. Opinó en sociología y dió la pauta a seguir en muchos conflictos de nuestra patria. Y no lo hacía por el deseo de alcanzar notabilidad, pues ésta la había logrado sin perseguirla con sus trabajos científicos, sino por la conciencia de que su talento y sus aptitudes no tenían solamente un campo dentro del cual manifestarse.

El nunca se especializó, y todos los que eso creyeron, estaban equivocados.

Sentido universal de la vida. Eso fué lo que logró Clorito con su actuación siempre alerta.

Concepto global de las actividades humanas.

Imaginó a la ciencia como un aspecto, muy importante por supuesto, de su vida, pero no como el único destino que se le había encomendado dentro del mundo.

Imaginó a la ciencia como un punto de relación con todas las otras actividades del hombre. Y en todas ellas él estuvo laborando, dando su parecer y su colaboración.

Datos biográficos de Clorito nos dirían de contrastes en sus trabajos diversos. Y por eso sacamos en conclusión que nuestro sabio no creyó nunca que los hombres estuvieran destinados para realizar una sola y exclusiva labor dentro de la humanidad.

El hombre es una totalidad.

Y debe estar capacitado para cooperar en varios aspectos de la vida de relación con suficiente éxito.

Y él así lo hizo. No olvidó nunca que detrás de su microscopio estaba el espíritu de un humano que podía ver al mundo desde muchos puntos de vista. Y así se realizó como hombre.

Total.

Universal.

Y en eso estuvo su fuerza y su verdadero valor.

Cuando tomó el camino del laboratorio, no se dirigió solamente a sacar conclusiones científicas.

Sus pasos lo llevaron a un lugar desde el cual podía ver independientemente el mundo.

No avanzó en la ciencia por sólo hacer ciencia.

Supo desde el principio, que su tarea de humano científico, tenía que buscar un escape que lo relacionara a él con todos los aspectos de la vida.

El no quiso morir dentro de una sola concepción.

Vivió en la amplitud de sus conocimientos universales y trepidó en todos los ámbitos del espíritu.

Y cantó las glorias del alma en cada una de sus actuaciones, porque fué un humano completo y global.

IV

Al morir el gran costarricense, cuando la Patria vió alejarse al Doctor que concibió a la ciencia en relación directa y exclusiva del pueblo, sus conciudadanos sintieron la angustia y el pesar de quien ve morir a un hermano.

Ahora nuestra labor finaliza.

Creemos haber hecho la justicia que estaba a nuestro alcance dando a conocer a los costarricenses el modelo de vida que significó la trayectoria de Clorito. Pero no queremos dejar sin publicar tres hermosos discursos que se pronunciaron ante su cadáver, discursos que dan el reflejo fiel del sentimiento que tenían los compatriotas de esta eminencia fulgurante, de ese destello sublime que fué el Doctor don Clodomiro Picado Twilight.

DISCURSO pronunciado por el señor Secretario de Estado en el Despacho de Educación Pública, Lic. don Hernán Zamora Elizondo, en los funerales del Doctor don Clodomiro Picado Twilight

El episodio de la muerte es siempre motivo de consternación social, y frente al hombre que remonta los umbrales de lo eterno, se estremece el sentimiento de sus semejantes unidos por el doble lazo del dolor y la fraternidad. Pero cuando la muerte, como ahora, cercena la existencia de un prócer, la congoja se exagera animada por la cruda certidumbre de una orfandad.

Tórnase así la muerte de los grandes hombres en causa de consternación nacional, y el lamento angustioso no brota ya del corazón humano, sino del seño dolorido de la conciencia colectiva, y no por la tristeza de los hombres, sino por el desesperante duelo de la Patria.

Por eso el Poder Ejecutivo, sabedor de la angustia del pueblo de Costa Rica, quiere dejar aquí constancia, con lo humilde de mi palabra, de que la pérdida de hoy hace sombra de tragedia en la vida de la Patria, y deja en la conciencia de los costarricenses el temor inquietante de que no podamos sustituir los prestigios del extinto, y quedamos sumidos en la tremenda orfandad de los pueblos que contemplan extinguirse a los portadores de su antorcha.

No en vano, sin embargo, vivió este hombre. Arraigado en el presente de la vida humana, no fué de los que trabajaron para el presente, sino de los que labraron los barbechos del porvenir, y si en la ciencia, con el estudio heroico y la investigación serena presintió las futuras conquistas, en la obra de consolidar las heroicidades futuras, que habrán de realizar los mozos espíritus de hoy, dejó también abierta en el mañana la fuente vivificante de su ejemplo.

Más de doscientos escritos científicos, el prestigio que como investigador gozó dentro y fuera del país, la avanzada ilustración que sus trabajos revelan, la inclusión de su nombre en la nómina de asociaciones nada complacientes, y el generoso cariño que le ofrecieron siempre quienes tuvieron la fortuna de ser sus discípulos, destacan al Doctor don Clodomiro Picado como a uno de esos hombres en quienes la inteligencia fué llamarada; la tenacidad, impulso incontrastable; asiento de grandes conquistas, la paciencia investigadora, y estímulo de los espíritus sedientos, su paternal actitud de hombre hasta la sabiduría ilustrado y hasta la prodigalidad generoso.

Pero es más, amante de su pueblo, luchador incansable en defensa de su pueblo, desplegó los recursos de su ingenio y el ardor de su entusiasmo en luchas decorosas, y sus conciudadanos, sobre la admiración que sus prestigios despertaron, sobre el respeto que sus virtudes exigieron, lo amamos con mimo familiar y convertimos al Doctor don Clodomiro Picado, prodigio del cariño de los pueblos, en el familiar Clorito que seguirá viviendo en el recuerdo y en la acción civilizadora, iluminado por luz de admirativo respeto y sostenido en pedestal de colectivo afecto.

DISCURSO pronunciado por el señor Rector de la Universidad Nacional, Doctor don José Joaquín Jiménez Núñez, en los funerales del Doctor don Clodomiro Picado Twight.

Tañen a duelo en los templos de la ciencia, porque ha doblado la cabeza al borde del infinito, quien ofició en sus aras como alto, supremo sacerdote, que diera a los fieles sus hondas investigaciones sobre la vida, que es para los ungidos—como él—belleza y armonía. Ya ha enmudecido su labio que dijo en todo tiempo la palabra redentora del carácter y del honor. Ya su brazo no alza su gesto de investigador, ni su mirada sorprende los secretos de las fuerzas creadoras de la existencia, que en su expresión de sabio de la estirpe de Pasteur comenzaban como una luciérnaga para convertirse luego en una luminaria.

Este sí que era un grande hombre, porque aunque el mundo llame así a quienes avasallan y a quienes oprimen, ese juicio queda bien pronto deshecho en el camino, y se alza la voz suprema de la moral única que consagra como tales a los grandes sembradores, a quienes prendieron luces en el camino eterno de los destinos humanos.

Por su modestia pareció un labriego ignorado y oscuro; por su entereza, un castellano de los que inmortalizó Calderón; un benedictino por su perseverancia; un niño por su conciencia limpia; por la enorme pujanza de su cerebro, un picacho de nuestras montañas, de esas que le imponen rumbo al huracán.

La Universidad Nacional enluta su estandarte y se prepara para honrar su memoria en Asamblea Solemne, donde haya de analizarse mejor su figura egregia, como que se ha ido a recibir el galardón de los buenos quien fuera su miembro de honor y su benefactor insigne, y será entonces cuando se diga el juicio cabal y la palabra justa sobre este verdadero grande de la ciencia, de la caridad y de la Patria.

DISCURSO del señor Secretario de Estado en el Despacho de Salubridad, Doctor don Solón Núñez Frutos, pronunciado en los funerales del Doctor don Clodomiro Picado Twight.

Es imposible traducir en frases el dolor profundo que todo hijo de esta Patria querida siente ante la muerte del Dr. Clodomiro Picado, que era su más legítima gloria.

Tenía Costa Rica, así pequeña como es, y de tan corta tradición, el privilegio de tener, como los países grandes y de vieja historia, un sabio de verdad: un investigador profundo, sereno y honesto.

Cuando en una Conferencia Panamericana un delegado de las naciones fuertes de América, hizo la nómina de los Institutos de Higiene del Continente sin hacer mención de Costa Rica, no pude contenerme para rectificar que Costa Rica tenía un Instituto de Higiene sin edificio, representado en la persona del Dr. Clodomiro Picado, uno de los únicos diez americanos pertenecientes a la Sociedad de Biología de París.

Dentro de la ciencia fué la Biología el campo de sus más caros afectos; por eso comprendió con justicia la vida y le dió ni más ni menos, el valor que ella tiene.

La biografía y la bibliografía del Dr. Picado no caben en el marco de esta dolorosa despedida; son materia de muchos volúmenes que han de ser monumento de vanidad para Costa Rica, consulta de estudiosos y guía de juventudes.

Son muchos los trabajos originales con que el doctor Picado acreció el acervo científico del mundo; muchas son las investigaciones que quedan interrumpidas y mucho lo que hubiera podido producir su mente fecunda arrebatada a la vida apenas traspasaba el medio siglo.

La obra del Dr. Picado adquiere mayor relieve cuando se piensa en el medio en que le cupo actuar tan escaso en elementos materiales, como pobre en estímulos del espíritu.

La investigación y el culto a la Patria fueron los imperativos de su espíritu. De cada conquista científica desprendía los beneficios que de ella podían derivar, no él, sino sus semejantes, Costa Rica y el mundo. En el Dr. Picado se revivía el pensamiento de Pasteur: la ciencia no tiene patria, pero el hombre de ciencia sí la tiene—y él quiso siempre darle altura a su patria.

Desde niño amó la ciencia y desde niño amó la verdad. Pero no basta amar la ciencia; es preciso ser amado por ella y el Dr. Picado fué un consentido de la ciencia. Sus labios jamás se despegaron para decir algo que no fuera el fruto de su pensamiento, de su corazón, y sus juicios salían a la calle sin los grilletes del cálculo y del interés.

Insinceridad es nuestra lacra: insinceridad religiosa, insinceridad social, insinceridad política. Disparidad entre el pensamiento y la acción; entre la palabra y los hechos. Encontramos hoy bueno lo que ayer juzgábamos malo; juzgamos malo lo que ayer encontrábamos bueno. No es un proceso intelectual o de conciencia lo que nos transforma, sino el ansia de honores, de posiciones y de riquezas. El Doctor Picado pudo ser siempre leal a su pensamiento porque jamás lo sedujo ni el oro ni la vanidad.

Fué el Doctor Clodomiro Picado colaborador eminente de la Secretaría de Salubridad Pública desde su origen. Iniciativa suya fué la Ley que protege a los trabajadores del campo contra las mordeduras de serpientes venenosas. Esa ley fué recomendada por Afranio do Amaral en un Congreso de Biología, como un ejemplo a seguir en todos los países en que las serpientes venenosas son una constante amenaza para la vida de los campesinos. Quiso que el café de Costa Rica, de los primeros en el mundo por su calidad, fuese el primero por su elaboración. Los escrúpulos de los beneficiadores no permitieron convertir en realidad comercial las preciosas observaciones científicas del Doctor para ofrecer al mercado un café de bello aspecto, de exquisito aroma, preparado con fermentos de frutas seleccionadas. Hace pocos días me conversaba acerca de sus nuevas observaciones sobre la fisiología de la tiroidea que generosamente ponía en mis manos para ser comentadas en la reciente Conferencia Sanitaria de Washington; y hace sólo dos me estimulaba para que fuera la Secretaría de Salubridad Pública la primera en iniciar en Costa Rica la Ley de Servicio Civil, aprovechando su renuncia de Jefe del Instituto de Higiene, que a su petición reiterada el Gobierno se vió obligado a aceptar.

Decía Cleveland que los irremplazables no existen y que la institución que tiene a su frente un irremplazable no tiene derecho a existir. Desgraciadamente para nosotros el Instituto de Higiene no tiene por ahora derecho a existir, porque el Doctor Picado es irremplazable.

El nombre del Doctor Picado y su obra vivirán eternamente: con admiración y cariño en Costa Rica; con respeto en el mundo entero, pues su contribución al estudio de las hormonas, especialmente la tiroidea, figurará en el diccionario de endocrinología que se edita actualmente en los Estados Unidos.

Vale para el Doctor Clodomiro Picado, cuya vida en tantos aspectos se asemeja a la de aquel gran don Santiago Ramón y Cajal, la frase de Marañón a la muerte del sabio español: "Nos dió el ejemplo del trabajo tenaz y diario; del derroche de las horas por lograr un hallazgo que no valdría al día siguiente ni dinero ni aplauso sino pura satisfacción de haber visto la cara a la Verdad."

Descarnado, sin sangre, víctima de las dentelladas—que sin proferir una queja desgarraban sus entrañas—era sólo espíritu aquel cuerpo cuyo peso había quedado reducido al de un niño de diez años, y su afán de investigar la verdad, la sólo fuerza que lo ataba a la tierra.

Algunos reportajes

del Doctor Don

Clodomiro Picado Twilight

En «Diario de Costa Rica» del 15 de julio de 1942, refiriéndose Clorito a las situaciones internas del país y a la pretendida decadencia de nuestra vida como pueblo, dijo:

“La nuestra es realmente una tragedia biológica. Tenemos una apatía elevada al cubo, una indolencia al cuadrado y falta de sensibilidad reducida a cero. Pero nadie se da cuenta que es el efecto de una degeneración progresiva. La falta de yodo en nuestra alimentación está creando un gravísimo problema de cretinismo en las poblaciones de las altas mesetas. Puede verse en el índice de autopsias este índice de revelación: el doce por ciento de muestra, en poblaciones del Guanacaste y nuestras costas, una hipertrofia de la glándula tiroidea; a medida que se penetra en las altas mesetas centrales, ese porcentaje sube hasta alcanzar un treinta por ciento; luego al descender sobre las costas del Océano Atlántico, por la influencia de los vientos alisios, que han yodado toda la vegetación, aguas y seres vivientes, ese porcentaje disminuye a un dos por ciento, pero nadie convencerá a la gente que debe yodar la sal que le sirve para condimentar su comida. No ha bastado para ello siquiera que se expida un decreto del Ejecutivo. Siguen las cosas igual. Las gentes no tienen la culpa realmente. De ella el máximo que pueda esperarse es la de que toleren que se les haga el bien, cuando no reaccionan contra el que trata de hacérselos aun a su pesar. Eso explica la atonía y el estancamiento nacionales. Porque lo que es necesario no es atiborrar a los niños de literatura o de conocimiento impartidos por la escuela. La verdadera educación comienza desde adentro, es decir, en los órganos mismos de los individuos. Lo demás es eternamente postizo. Pero, ¿quién se los hará comprender? ¿Quién les enseñará a comer? Entre tanto, ¿por qué asombrarnos de males menores que, en cierta forma, son hijos de aquellos otros que nadie se cuida de remediar? No es culpa de los gobiernos ni de los políticos, es culpa de todos y nada más.”

En «Diario de Costa Rica» del 24 de marzo de 1942, refiriéndose a temas científicos-intelectuales, dice el periodista:

“El estímulo es la palanca de todo progreso humano. Suprimido el estímulo, se ha suprimido el principal resorte de las ambiciones personales y de las competencias de emulación y eso es lo que ha sucedido entre nosotros. Los políticos en el poder, los llamados gobernantes del paternalismo que emplean la técnica política de ignorar el verdadero mérito para escalar a la mediocridad que no ofrecía peligros a sus propósitos de permanencia indefinida en los puestos de hegemonía de la vida política de la república. Porque ¿de qué le sirve al hombre virtuoso su virtud; al artista su devoción y habilidad en el arte; al hombre de talento su inteligencia y al hombre de valor su coraje, si los que triunfan son los mediocres, los adulones o los cortesanos; si la intriga desplaza a la capacidad y el audaz desplaza al hombre preparado? Creemos que ese hecho de vastas repercusiones en la psicología social por la fuerza incontrastable de la imitación, estriba en gran parte la alegada corrupción política que se denuncia. Nada hay que desmoralice más a un pueblo que un sistema político en que el ascenso y bienestar se conquistan por la adhesión pegajosa y servil a quienes mandan. La individualidad es fuerte y solitaria, y está irremediabilmente condenada al ostracismo político que le imponen los mediocres organizados en maffia y los gobernantes rodeados de los políticos oportunistas y dispuestos a declarar que el hombre en el poder tiene siempre la razón.”

A lo que contestó el Dr. Clorito en la siguiente forma:

“Mala cosa es cuando en un país nadie quiere ni le importan que se hagan investigaciones científicas, que se realicen obras de arte, que haya escritores verídicos y viriles. Se anda mal cuando nadie quiere que se estudien los asuntos de interés público, que los jóvenes profundicen en aquellas ramas del conocimiento que reclaman la especialización técnica; cuando nadie quiere ni le interesa que sus representantes en el Congreso respondan a una mayor capacidad para el estudio; cuando a nadie se le estimula para que sea un gran artista, un investigador científico, un gran artesano, un especialista en ciencias sociales o económicas. Nuestros gobernantes tradicionales debieron haber imitado a Pedro Segundo, que destronado del Portugal pasó a Brasil y quien enviaba comisiones por todas las poblaciones de su vasto imperio a buscar hombres de talento y de mérito para estimular su inteligencia y aprovechar sus capacidades en propulsar el progreso de sus dominios. O como Bernard, del Instituto Pasteur, de París, cuya frase “ayudando a la inteligencia se llega a hacer producir más la tierra”. Y ese es, por exclusión, nuestro máximo y doble problema: alimentar la inteligencia y nutrir el cuerpo. Siempre he insistido en los dos puntos: para estimular el progreso intelectual y moral del país propuse alguna vez que se creara el impuesto llamado en Europa “el cinco para los laboratorios” y que aquí podría llamarse “el cinco para la Universidad”. En el segundo aspecto de alimentación del cuerpo, he hablado y he intervenido lo bastante para dar la voz de alarma ante la visible y pavorosa decadencia biológica que se observa entre nuestra población campesina y obrera, cuyos estigmas son la deficiencia tiroidea y la avitaminosis, profusamente extendidos en los grandes núcleos de nuestras poblaciones rurales y urbanas. Como miembro del Consejo Nacional de Nutrición, mi empeño ha sido el de divulgar lo más posible los datos que advierten este

estado de miseria que tan directamente amenaza a la vitalidad nacional. Un pueblo que no come, que está desnutrido, que carece de energías vitales, es un pueblo predispuesto a la esclavitud, a la ignominiosa servidumbre, a la corrupción que le proporcione la vía del menor esfuerzo, pues carece de voluntad como carece de ella una hoja seca que flota a merced del viento."

Con motivo de la caída del Dr. Arnulfo Arias de la Presidencia de Panamá, y de haberse impedido su salida de Managua, por razones que se ignoran, aun cuando se sospecha la procedencia de esa medida, que viene a establecer un inusitado precedente en la cuestión política continental, Clorito dijo en octubre de 1941:

"Al primer tapón, zurrapa. Nunca me engañé en cuanto a la muy retórica y sonora política del "buen vecino". Seguimos en verdad en la época del Big-stick y el nuevo Roosevelt es tan radical como el anterior: coge lo que quiere y como quiere. Los doctrinarismos que predicán para Europa no son para América. Aquí es otro el cantar. Para los norteamericanos vale tan poco la opinión pública de América Latina, que ya no se encubren las manos para hacer sus juegos. Entienden la democracia a su manera y la solidaridad continental a su modo. Yo nunca me he engañado; he tenido los ojos abiertos todo el tiempo; tan abiertos que podía haber visto con el occipucio. Son nuestros amigos y vienen a llevarse nuestros mejores productos, a pedir que les demos lo que es sangre de nuestras venas a cambio de palabras amables y benévolas. Siempre quieren la mesa servida cómodamente, puesta a su alcance, sin trabajo ni pena. En el comercio nos saquean y creen que debemos estarles agradecidos. ¿Es esa la política del buen vecino? ¿Podemos creer en la sinceridad de Roosevelt cuando habla de democracia y mantiene las satrapías de Centro América o apoya situaciones como la de Panamá? Para creer en Washington y en el doctrinarismo que de allá nos viene, será preciso que se nos embriagara antes y se nos golpease la cabeza con sacos de arena. Tampoco podremos creer en su lealtad a otros principios que proclaman, igualdad jurídica de estos pueblos, respeto a la soberanía de las naciones débiles, consagración de los altos conceptos de libertad y autodeterminación. El New Deal nos resulta así un juego de poker en el que los norteamericanos nos vienen pasando, a estas naciones del Caribe, unas cuantas monedas falsas; y ya estábamos acostumbrándonos al fraude. Pero ahora para colmo de males y audacias, han hecho sonar esas monedas lanzándolas sobre el mostrador... Cualquiera día la Zona del Canal de Panamá se extenderá de las márgenes del río Grande de México, hasta las márgenes del Orinoco. Todo ello será a beneficio de la democracia, de la paz del mundo, de la buena voluntad y demás zarandajas que dejan caer para adormecernos, pero que no deben hacer sonar como a los monederos del cuento."

Estas declaraciones fueron hechas poco antes de la llegada del nuevo Embajador de los Estados Unidos en nuestro país, Sr. Arthur Bliss Lane, quien las contestó, a lo cual respondió Clorito con fecha 26 de octubre de 1941:

"Lamento no haber sabido que el Sr. Bliss Lane estaba por llegar al país cuando conversamos la primera vez (se refiere al periodista). Le habría evitado un mal recibimiento. Un deber de cortesía me habría impuesto un aplazamiento para decir lo que dije, acerca de la política del buen vecino, en lo que se refiere a los sucesos de Panamá y la actitud de Washington. Como

hombre educado que está en su casa habría evitado decir cualquier cosa que le resultase molesta al nuevo huésped. Pero estaba de Dios que así sucediera... y lo lamento sinceramente. El Sr. Bliss Lane, por su parte, ha reconocido nuestro derecho de pensar libremente. No podía negar que esa es una atribución humana. Pero en lo que no parece estar de acuerdo es en que el pensamiento se exprese tan libremente como se concibe. Es el mismo caso de su país y la política del buen vecino. Obedece a una ley opuesta a la de la gravitación universal, esto es, en razón inversa de la masa y directa del cuadrado de la distancia. El ejemplo de Puerto Rico nos lo demuestra. Hay quienes purgan en la penitenciaría de Atlanta el mismo delito que le brinda al Sr. Bliss Lane la oportunidad de referirse a la libertad de prensa que aquí es cosa consubstancial con nuestra democracia. Pero equivoca los términos. Cae en error de creer que uno piensa mal de la totalidad de la política del buen vecino porque desapruébe algunos aspectos de las actuaciones políticas de Washington en relación con la América Latina. Es también equivocada la interpretación de que por ese mismo hecho se tenga mala voluntad contra quienes, como en el caso del presidente Roosevelt, tengan la responsabilidad de esas actuaciones. Y menos aún que por tales motivos puede uno sentir odio contra el pueblo en cuyo nombre se actúa. Para los que comprendemos la complejidad de las situaciones internacionales, no implica el odiar a Hitler o al nazismo, renegar del pueblo alemán, ni los actos de la diplomacia americana pueden estar todos teñidos de esa complacencia que muestran los presidentes de los grandes países que ejercen tutoría de estas pequeñas y débiles nacionalidades. Son actos de lenocinio internacional y a nadie puede ocultársele que esa política demasiado realista es en un todo contraria a las mismas doctrinas proclamadas para Europa y no vividas para América.

También es erróneo pensar que se está contra los Estados Unidos, por cuanto se diga que las mismas razones que tiene para intervenir en los asuntos de Europa—porque Hitler y sus huestes representan un peligro para las conquistas de la civilización, para la libertad humana, para las democracias—debe servir aquí para no concederle amistad y el trato preferente a los que dentro de sus patrias niegan la libertad, persiguen a los enemigos como bestias rabiosas, absorben y comentan en sus manos el poder de sultanes que no conocen más ley que sus conveniencias, ni más freno que el de su impotencia para destruir a todos los que se opongan a sus caprichos o a sus feroces designios. Y si nadie en América le pide a los Estados Unidos que intervenga para oponerse políticamente en los asuntos de soberanía y gobierno de estos países, si hay razón para pedirle que no otorgue su apoyo moral, el respaldo de su inmenso poder a quienes son, si bien se analizan, mil veces peores que los que cegados por una mística o un fanatismo, creen que la fuerza y sus derivaciones son superiores a toda ética, a toda convicción y a todo principio de decencia colectiva. Si en la vida social, como representación de toda convivencia organizada sobre bases del derecho y la justicia se niega la estimación y el afecto a quienes opriman, hieran o despojen a sus conciudadanos, no hay razón para que en la vida internacional se sigan normas distintas para juzgar a quienes asientan su poder sobre pilas de cadáveres y para quienes el peor delito es no pensar como ellos.

Y del mismo modo si en nuestras relaciones personales odiamos y despreciamos a quienes nos traicionan, ¿por qué vamos a consagrar la tradición como un medio legal de adquirir y mantener su poder? No veo en esto personas. No tengo por qué erigirme en juez de nadie. Pero expreso mi pensa-

miento. No estoy tratando de impresionar la opinión pública. Pero sí le digo al Sr. Bliss Lane, que a cada paso en mi vida, cuando se me ha pedido que piense en voz alta, he encontrado que en multitud de oportunidades he servido de válvula de escape, ya que he dicho lo que la gran mayoría piensa, pero que muy pocos se atreven a decir. Y creo, en este aspecto, que soy mejor amigo de los Estados Unidos siendo veraz que no lisonjeando su poder y ruñiendo frente a la intolerancia de quienes temen la luz hiriente de la verdad. Para conocer la verdadera naturaleza de los juicios de la opinión pública, el Sr. Bliss Lane, no puede ni debe guiarse por lo que le digan quienes sólo quieren ver dibujarse en sus labios la sonrisa, y no son ni el Secretario de Relaciones Exteriores ni los jefes de misiones, los llamados a revelarse la intimidad de sus propias opiniones. Son quienes como yo, nada tenemos que perder al decir lo que pensamos, porque nada de lo que puede sobrevenirnos logrará intimidarnos, porque estamos preparados para todo, menos para el silencio—cuando ese silencio es cien veces peor que la muerte—los que gozamos de esa libertad de pensamiento y de esa libertad de prensa que él mismo alaba, decimos lo que en nuestro espíritu sugieren los acontecimientos de cualquier punto de la tierra, porque la humanidad pertenece a todo hombre que sea capaz de vivir la vida conforme a su propia conciencia.

En este aspecto, siento que estamos en posiciones distintas y que la ventaja la llevo yo en esta discusión, toda vez que yo podría decir en todo momento, lo que realmente estoy pensando, cosa que no le sucede al Sr. Bliss Lane, porque es diplomático y tendrá que defender las actuaciones de su Gobierno, así las repruebe en su fuero interno, ya que eso es parte de su oficio.”

Un repórter de «La Tribuna solicitó del Dr. Clorito Picado su opinión sobre el Código de Trabajo, pero estando ocupado en ese momento, no pudo darla, sino que al día siguiente envió tres cuartillas escritas de su puño y letra y que textualmente dicen:

“Para el repórter de La Tribuna:

Quiero contestar como sigue, a su pregunta de cuál es mi concepto sobre el Código de Trabajo.

Para las gentes que no han evolucionado suficientemente en el concepto de LO JUSTO, no cabe la concepción de acuerdos o desacuerdos parciales; para ellos el amigo, si es que lo es, deben encontrar todo, absolutamente todo, bueno; si es buen amigo, deben encontrar todo excelente y si es un gran amigo, la totalidad insuperable. De lo contrario no se es amigo, o más claro, lo consideran enemigo. Tal criterio, por desgracia nuestra, es el más frecuente entre nosotros. En cuanto a mí se refiere, hago todos mis esfuerzos no solamente por “Dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César”, sino buscar cuando es el momento apropiado.

Para todos los gobiernos de mi país he deseado siempre el mayor acierto, pero cuando se trata de un amigo me duelo de sus actos que no creo justos, y me alegro y complazco al ver sus aciertos. En el caso del actual gobierno (del Dr. Calderón Guardia), he tenido, pese a mi amistad con el Dr. Calderón Guardia y los de su casa, que mostrar inconformidad con algunos hechos y así lo he manifestado cuando se ha requerido mi opinión, cumpliendo con lo que creo mis deberes cívicos.

A pesar de tales manifestaciones que han sido publicadas y de que soy empleado del Gobierno, jamás se me ha llamado la atención sobre ello; eso nos hace ver que nuestro actual Presidente sí ha evolucionado suficientemente en el sentido del concepto de LO JUSTO. Como tal liberalidad es inusitada entre nosotros y como creo que ella honra grandemente al señor Presidente, quiero ante todo consignarlo públicamente. En administraciones anteriores, el menor desacuerdo de criterio era considerado como crimen de lesa majestad y la destitución seguía de inmediato. Así pues, si ahora digo, al fin del período de gobierno y con los antecedentes citados, que el Dr. Calderón Guardia con las Garantías Sociales y, el consecuente Código de Trabajo ha hecho un bien a la patria, situándose él entre los precursores del reajuste social; que con ello ha tenido un envidiable triunfo que debemos aplaudir sin reservas mentales todos los costarricenses, no hago otra cosa que ser justo y veraz.

Para mí, lo esencial que la obra presenta es el "evitar víctimas inocentes". Que nos guste o no nos guste el hecho de que jamás volveremos a lo que fuimos, que los biólogos conocen diciendo como ley que la Evolución no es reversible, que los latinos formularon en su proverbio "Non bis idem" y que ahora Roosevelt acaba de recordar diciendo que nadie volverá en la postguerra a "los buenos tiempos pasados", es una verdad de la que no podemos desentendernos. Para esos días habrá dos clases de pueblos: los unos, previsores, que hayan legislado en forma que permita solventar las dificultades mediante fallos que se acerquen a la justicia y los otros que marchen al garete esperando que las masas populares en sus anhelos de reivindicación de sus derechos, se lancen a la violencia. Ahora Costa Rica figurará entre los primeros. Como no quiero citar en refuerzo de mis ideas casos de otros países y otros tiempos, me referiré a uno solo, aquí en Costa Rica: impulsados por ideas exóticas, asesinan a don Alberto González Lahmann, que fué caballero y servicial con todos y bueno y generoso para sus obreros. Las masas, a los asesinos muertos, les dispensan un entierro casi glorificante, mientras que el país perdía uno de sus buenos hijos, mientras muchos vampiros seguían engordando.

Muchas de estas desgracias serán evitadas con el nuevo Código. Hemos adelantado, hemos ganado todos y quizá más aquéllos que más lo temen."—C. PICADO T.